

LA EDUCACIÓN MORAL SEGÚN KANT

MORAL EDUCATION IN KANT

RODRIGO JESÚS OCAMPO GIRALDO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE OCCIDENTE
(CALI, COLOMBIA)
rocampo@uao.edu.co

Resumen: En este escrito se indaga sobre la propuesta educativa kantiana como factor que contribuye al desenvolvimiento moral, y la consistencia de esta propuesta, con sus tesis acerca del desarrollo de la moralidad, entendido como el destino último del género humano. Se examina en este sentido, el enfoque pedagógico propuesto por el filósofo de Königsberg, la influencia de la cultura, y algunas condiciones de posibilidad internas y externas, que pueden contribuir a la aproximación de dicho destino.

Palabras clave: Educación moral, desarrollo de la moralidad, autonomía moral, didáctica ética, ascética ética.

Abstract: in this paper is studied the educational proposal of Kant as a contributing factor to moral development. It is analyze the consistency of this proposal, with his thesis on the development of morality, understood as the ultimate destiny of mankind. It is examined in this sense, pedagogical approach proponed by the philosopher of königsberg, the influence of culture, and some conditions of internal and external possibility, which may to contribute to the approximation of this destination.

Keywords: moral education, morality development, moral autonomy, teaching ethics, ascetical ethics.

Introducción

Si bien Kant menciona en algunos pasajes de sus obras la idea de un proceso histórico encaminado por las mismas leyes de la naturaleza, que parecería imponer sus fines a espaldas de la voluntad consciente de los humanos, insiste de todas formas en la importancia prioritaria de la educación, de la cultura y del cultivo de la virtud para acercarnos al ideal de un auténtico desarrollo moral.

Aunque hay factores internos obstaculizadores de la realización de la ley moral en el hombre como los incentivos egoístas, la mala voluntad, la inadecuada disposición del ánimo, los vicios y las pasiones, también hay factores favorecedores como la existencia innata de ciertas disposiciones morales que permiten pensar en la regeneración de la voluntad, y la capacidad que tiene el ser humano de tomar decisiones desde una racionalidad práctica. Esta indagación es objeto central de la antropología moral y la pedagogía orientada a la educación ética, y contribuye a pensar mejor cómo cultivar la virtud, y qué metodologías educativas se pueden usar en nuestras escuelas como factor externo favorecedor de desarrollo moral.

Así, en este artículo indagaré principalmente sobre el lugar y papel de la educación como factor que contribuye al desenvolvimiento moral. Para ello partiré de las tesis kantianas acerca del desarrollo de la moralidad como el destino último del género humano y el papel de la vida social en este proceso. Luego examinaré la influencia de la cultura y el método educativo propuesto por nuestro filósofo para promover una aproximación a dicho destino.

1. Las presiones sociales, un resorte no despreciable para el progreso moral del ser humano.

En las *Lecciones de ética* -recolección de los cursos dictados por Kant en la Universidad de Königsberg- encontramos afirmaciones que nos permiten comprender mejor la función que desempeña la educación ética en relación con el proceso de refinamiento y civilización del género humano. Un aspecto a considerar aquí, tiene que ver con la tesis según la cual el acercamiento a la perfección moral constituye el destino último y más elevado de la humanidad. De acuerdo con esta perspectiva, los avances en asuntos técnicos o pragmáticos no poseen un valor intrínseco; simplemente sirven para preparar el camino y las condiciones de posibilidad al florecimiento de la moralidad y de la justicia sin necesidad de acudir a la coacción externa.¹ Se trata para Kant de un fin deseable y posible, a pesar de la tendencia al mal muy arraigada en la naturaleza humana, y del único fin que posee un valor en sí y no meramente subordinado o condicionado.

Nuestro autor es consciente, sin embargo, de las dificultades y tropiezos con los que se enfrenta un proyecto tan exigente como el de la instauración de un *reino moral de los fines*, en el que los sujetos morales sean

1 I. KANT, *Lecciones de Ética*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 301-303.

capaces de actuar moralmente sin ningún resorte distinto del móvil del deber. De allí la mirada realista expuesta en uno de sus opúsculos, *Si el género humano se halla en constante progreso hacia mejor*, en donde considera que el acercamiento a este objetivo de perfección moral, se daría de manera gradual, es decir, por medio de un proceso paulatino de sensibilización que no necesariamente involucra móviles puros para la acción:

¿Qué rendimiento le va a aportar al género humano el progreso hacia mejor? No una cantidad siempre creciente de la moralidad en el sentir, sino de los productos de su legalidad en las acciones debidas, cualesquiera sean los móviles que las ocasionen...²

De alguna manera el autor parece convencido de que una conducta siempre más generalizada objetivamente acorde con los principios éticos, en el marco de una sociedad civil que contribuya con su organización a impulsar y estimular conductas moralmente correctas o conformes al deber, allanará con el tiempo el camino para que se afiance o generalice la moralidad en el sentir, esto es, una forma de conducta de sujetos que actúan al mismo tiempo conforme al deber y por deber.

De acuerdo con este enfoque historicista, la dinámica del progreso moral no empezará del sentir y obrar por deber para evolucionar después hacia las acciones conformes al deber. Por el contrario, habrá que empezar por la generalización de las acciones correctas -sin importar los móviles que impulsan a los sujetos a actuar- para lograr que las personas obtengan la madurez moral para actuar sin resortes distintos de la obligación de obedecer a la ley moral inscrita en sus conciencias.

Por eso cierto nivel de coacción externa, o incluso las presiones sociales que favorecen determinados tipos de conducta, contribuyen al refinamiento de la naturaleza humana y a vencer la debilidad del carácter. Las condiciones socio-políticas y jurídicas, preparan en cierta medida el camino para que el sujeto moral sea capaz de actuar sin otra clase de coacción distinta de la que deriva de la propia conciencia moral y de los exigentes parámetros de la razón práctica. En este sentido, Kant reconoce de manera realista que pocos estarían dispuestos a seguir la ley moral sin necesidad de la presión de la ley externa. Son excepcionales los hombres que parecen regularse por un sentido de obligación moral. Y también en estos casos excepcionales la educación y la sociabilidad han sido factores

2 I. KANT, *Si el género humano se halla en constante progreso hacia mejor*, México, FCE, 1981, pp. 114-115.

fundamentales para ir venciendo las inclinaciones de la naturaleza humana hacia el vicio.

Nuestro autor aclara también que la perfección moral no puede ser obtenida por el individuo durante su corta vida; pero eso no impide que tengamos que esforzarnos para alcanzarla. Desde esta perspectiva se puede afirmar que el ser humano tiene como destino cultivar la virtud³ en tanto que criatura racional que tarde o temprano se hace consciente de la necesidad de asumir responsabilidades morales desde una recta intencionalidad. Lo que Kant tiene en mente para un ser finito como el hombre, sujeto al poder de inclinaciones y pasiones, no es propiamente la idea de un agente racional moralmente perfecto. Pero eso no implica que no estemos obligados a acatar el mandato categórico de los imperativos morales, que se imponen de manera incondicional a la hora de evaluar la moralidad de nuestros actos. La dificultad de aplicar imperativos tan exigentes puede sortearse en parte, gracias a la consolidación de hábitos virtuosos, logrados por medio de ejercitar el autocontrol y de disponerse a desarrollar un buen carácter. Sólo al cabo de luchas y tropiezos se logra afianzar en la persona lo que podemos denominar su fibra moral, producto de lo que el pensador de Königsberg llama una revolución moral interior.

En este orden de ideas es claro para Kant que el desarrollo moral no se realiza en el vacío, sino como un aprendizaje en el contexto de normas y costumbres de una sociedad determinada, lo que no es incompatible con la pretensión de una ética universal o cosmopolita. Aunque el filósofo alemán insiste en el hecho de que la obtención de moralidad supone buscar alcanzar auténtico refinamiento y desarrollo moral conforme lo indica la racionalidad práctica –es decir, con base en la intencionalidad recta y el esfuerzo por expresar en actos los imperativos morales-, no desconoce ni subvalora el papel básico desempeñado por las instituciones y los principios de convivencia en la construcción de un buen carácter, de un carácter moral.

Por eso no es de extrañar que el autor sintetice el rumbo y destino del desarrollo humano así:

El hombre está destinado, por su razón, a estar en una sociedad con hombres y en ella, y por medio de las artes y las ciencias, a cultivarse, a civilizarse y a moralizarse, por grande que pueda ser su propensión animal a abandonarse pasivamente a los incentivos de la comodidad y de la buena

3 I. KANT, *La Metafísica de las Costumbres*, Barcelona, Altaya, 1993, pp. 314-315.

vida que él llama felicidad, y en hacerse activamente, en lucha con los obstáculos que le depare lo rudo de su naturaleza, digno de la humanidad. El hombre tiene, pues, que ser educado para el bien...⁴

La posibilidad de educación y formación moral involucra fomentar una serie de disposiciones morales inherentes en el ser humano para alcanzar su fin como ser racional. Es por esto necesario que nos adentremos en los terrenos de una pedagogía moral para apreciar las estrategias más eficaces que les permitan a las personas responder a las elevadas exigencias éticas que brotan de las facultades superiores del espíritu. Una vez asumido que el hombre es sujeto capaz de moralidad, se trata de analizar la modalidad de realización de esta disposición originaria o *Anlage*, para utilizar una expresión del mismo Kant. Se trata por igual de relacionar la posibilidad de construir una teoría de la virtud desde el horizonte de una ética formal-procedimental, con la necesidad de parámetros educativos internacionales a partir de un acuerdo mínimo acerca de lo que se considera una vida human bien lograda desde el punto de vista moral.

2. Relaciones entre educación y cultura.

Para Kant la cultura en sentido amplio se refiere a lo producido en el ámbito de la *segunda naturaleza*, es decir a todo el conjunto de bienes, valores e instituciones que el ser humano ha logrado producir más allá de su naturaleza instintiva. Abarca en este sentido la producción material de bienes, refinamiento en la satisfacción de necesidades, la consolidación de lazos sociales más estables, el control de la violencia y la adquisición de buenos modales en las relaciones con los demás. Desde esta perspectiva la cultura se identifica con el proceso constante de refinamiento de la naturaleza humana, e incluye todo lo que un ser humano ha logrado realizar más allá de su naturaleza meramente animal:

...la producción de la aptitud de un ser racional para cualquier fin, en general (consiguientemente, en su libertad), es la *cultura*.⁵

Las instituciones educativas son un producto específico de la cultura entendida en este sentido amplio. Ellas se encargan de consolidar y afianzar los productos más valiosos de la civilización, entre los que

4 I. KANT, *Antropología en sentido pragmático*, Barcelona, Rev. Occidente, 1935, pp. 224-225.

5 I. KANT, *Crítica del Juicio*, México, Porrúa, 1973, p. 362.

ocupan un lugar no despreciable los valores propiamente morales. El papel de las instituciones educativas no se agota por cierto en los procesos de trasmisión de los valores de la cultura, pero desempeñan un papel importante en este terreno. Se configura así una estrecha relación entre educación, cultura y desarrollo moral: el ser humano se hace ser cultural a medida que descubre su potencial y busca transformar su condición humana inmediata. La educación se convierte en un factor que prepara a los individuos para un mayor despliegue de sus talentos y disposiciones que a su vez repercuten en el proceso de civilización. Y a medida que el hombre se cultiva, se hace más apto para responder a las exigencias de la ley moral interna que descubre por medio de su razón y conciencia, para a su vez buscar construir condiciones socio-políticas y jurídicas cada vez más consecuentes con su creciente sensibilidad, a través de instituciones perfeccionadas.

Nuestro filósofo señala que existe una cultura de la habilidad y una cultura de la disciplina. A través de la primera se desarrollan destrezas para la consecución de fines en general. Por medio de la segunda se libera a la voluntad de la determinación de los apetitos.⁶ Tanto la cultura de la habilidad como de la disciplina se enseñan desde el hogar y la escuela. Son diversos los talentos que sirven a la cultura y se desarrollan a través de la educación, la ciencia y el arte. Para que estos se expresen plenamente, son necesarias condiciones apropiadas en el marco de una sociedad civil que garantice cierto orden social de paz, justicia y equidad. Bajo el influjo de tal orden social el hombre construye una cultura perfeccionada que refina su propia naturaleza:

Las bellas artes y las ciencias, que hacen al hombre, si no mejor moralmente, sin embargo, más civilizado, por medio de un placer que se deja comunicar universalmente y por medio de las maneras y el refinamiento de la sociedad, ganan mucho terreno sobre la tiranía de la tendencia sensible, y preparan así al hombre para una dominación en donde sólo la razón debe tener poder.⁷

En general, las disposiciones humanas que hacen posible hablar de cultura, obedecen a diferentes esquemas de racionalidad que desarrolla el hombre. A partir de una *racionalidad técnica* empleada en el esfuerzo por dominar la naturaleza, el ser humano conquista el mundo material adaptándolo a sus necesidades. La *racionalidad prudencial* emerge ante las necesidades de la convivencia que implican el desarrollo de normas

6 I. KANT, *Ibidem*, pp. 362-363. 7 I. Kant, *ibidem* p. 364.

sociales para la vida en comunidad con el consecuente paso a la civilización. Esta última se expresa plenamente con el fortalecimiento de las instituciones para controlar coactivamente con normas propias de la vida laboral y ciudadana, las pulsiones agresivas humanas, lo cual promueve la adecuada sociabilidad. Y debido a una *racionalidad moral* el hombre encuentra que es fin en sí mismo y que el refinamiento producto de la cultura y de la civilidad cobra sentido en función de la necesidad de su desarrollo moral.⁸

El cultivo de las disposiciones morales y de un buen carácter, constituye la dimensión más elevada de la cultura, y lo que marca de verdad la diferencia frente a los demás seres vivientes. Como ser destinado a la libertad interna el sujeto tiene el deber de actuar como agente de una comunidad moral, es decir, el de no engañarse a sí mismo, de acercarse al ideal de perfección moral sin perder la conciencia de su finitud y de sus límites, y de cultivar la conciencia moral. Está obligado a acercarse hacia una clase de conducta impulsada por el móvil de la ley moral. La cultura material y social, la que ve en acción el hombre como *animal laborans* y la que permite afianzar su naturaleza social, tienen que preparar las condiciones de posibilidad para el ejercicio de la libertad interna y de la racionalidad moral.

3. El papel de la educación en el desarrollo moral.

Si bien en el desarrollo de toda cultura y civilización se encuentra la lucha por el propio bienestar, reconocimiento y riqueza, lo cual suscita diversas pasiones, también por medio de ella se da el desarrollo de disposiciones para el bien. Esto se logra por ejemplo, a partir de productos de la cultura misma como es el caso de la educación. Por medio de esta se puede orientar al ser humano hacia su realización como sujeto moral.

⁸ Papacchini comenta al respecto: «Kant aceptaría sin problemas las definiciones del hombre como animal cultural, ser social o animal que manipula objetos; pero a diferencia de filósofos de la cultura como Hegel o Marx, él añadiría que la peculiaridad más propia y la fuente de nuestra dignidad habría que buscarla en la capacidad de autonomía moral, más que en la racionalidad técnica y pragmática. (...) la cultura y la racionalidad instrumental conservan el *status* de medios, que el autor aprecia en la medida en que contribuyan a consolidar las condiciones de posibilidad para el ejercicio autónomo de la moralidad, la finalidad última y más auténtica del ser humano.» A. PAPANICHINI, *El problema de los Derechos Humanos en Kant y Hegel*, Cali, Univ. del Valle, 1993, pp. 39-40.

3.1 Una concepción integral de la educación.

Sólo por medio de un desarrollo integral el hombre logra elevarse por encima del mundo fenoménico y del ordenamiento mecanicista al que se encuentran sujetos los demás seres vivientes carentes de racionalidad. De esta manera la persona toma conciencia de cierta sublimidad de su existencia y de su libertad.

Para Kant la educación práctica en sentido amplio tiene que asumir la exigente tarea de asegurar el desarrollo de la totalidad de las disposiciones y capacidades humanas. En este sentido tiene que asegurar por igual el desarrollo de las habilidades técnicas, el fomento de la prudencia y sobre todo el desarrollo de la moralidad.⁹ Según vimos, la *habilidad* hace referencia a la capacidad técnica humana, a la producción de herramientas para vencer o reducir la resistencia de la naturaleza, conquistar el mundo material y producir los bienes necesarios para la satisfacción de las múltiples necesidades humanas. Gracias a la *prudencia* las personas obtienen en cambio una herramienta valiosa para limar asperezas y conflictos en las interacciones con los demás, preservar la convivencia y ensanchar o fortalecer las relaciones e interacciones con los demás seres humanos. De alguna manera la educación de la racionalidad pragmático-instrumental constituye uno de los grandes retos de la cultura, que abarca por igual las estrategias de dominio de la naturaleza exterior y la consolidación de nexos y relaciones siempre más sólidas entre los humanos.

Sin embargo, el compromiso más elevado y exigente tiene que ver con la educación para el desarrollo de la racionalidad moral, que en cierta medida presupone el cultivo de la racionalidad pragmática e instrumental, pero no se agota en ella. Lo que Kant propugna es una formación integral, pero sin cansarse de repetir que lo más importante es la educación del carácter,¹⁰ para poder afianzar conductas de sujetos moralmente autónomos. De lo que se trata es de formar hábitos de conducta virtuosa, estilos de vida y formas de estar en el mundo en los que la apelación al punto de vista moral desempeñe el papel preponderante que le corresponde al ser humano asumir en tanto que ostenta un estatus de dignidad. Nuestro autor no se cansa por ello, de

9 Frankena señala cinco finalidades de la educación según Kant: 1. Dar al hombre crianza. 2. Disciplinarlo. 3. Cultivarlo (darle madurez y cultura). 4. Hacerlo prudente o sagaz (darle sabiduría o civilizarlo) 5. Moralizarlo (hacerlo moral). W. FRANKENA, *Filosofía de Kant sobre la educación*, en *Tres filosofías de la educación en la historia*, México, UTEHA, 1968, p. 150. 10 I. KANT, *Pedagogía*, Madrid, Akal, 1991, pp. 45, 72, 79-81, 105-106.

insistir -en consonancia con los ideales más progresistas de la Ilustración- en la importancia de la educación como factor de progreso, refinamiento y libertad.

La relevancia de esta tarea y de los logros que se obtienen por medio de la educación, justifican ampliamente los costos en cuanto a esfuerzos y autodisciplina. Educar en la disciplina juega para Kant un papel esencial, si bien sólo negativo, para mitigar y controlar la dimensión animal e instintiva de la naturaleza humana, y para promover gradualmente formas propiamente humanas de convivencia en los educandos. La instrucción constituye en cambio, el aspecto positivo de este proceso, porque promueve el perfeccionamiento de los talentos y del potencial moral del estudiante bajo los preceptos del uso responsable de su libertad y de los deberes de la persona para consigo misma y con los demás. Obviamente el proceso de formación implica en el educador una gran responsabilidad, puesto que resulta por lo general difícil corregir el producto de una mala educación.¹¹

Cabe además anotar que Kant concibe el proceso educativo de manera dinámica, y subraya la necesidad de mejorar constantemente la labor pedagógica. El hombre mismo tiene la responsabilidad de potenciar sus disposiciones al bien y esto se consigue cuando cada generación recoge las experiencias de sus antecesoras y orienta el proceso educativo hacia el más elevado destino de la humanidad. Así, no podemos esperar que las pautas de educación moral señaladas por Kant sean un modelo rígido a seguir generación tras generación. Simplemente estamos frente a lineamientos generales que nos permiten guiar la labor educativa de tal forma que el desarrollo moral no se pierda en falsas apreciaciones sino que por el contrario, esté basado en lo que dicta la razón práctica. De hecho el saber gobernar y la educación constituyen para Kant las dos artes más difíciles que pueda abordar el hombre. Por ejemplo, es claro que la inteligencia depende de la educación y ésta de aquélla.¹² De ahí que las estrategias pedagógicas y el ejercicio educativo en general, requieran del ensayo y el error para gradualmente perfeccionarse con vistas al destino moral del ser humano que involucra el refinamiento de su

11 I. Kant, *ibidem* pp. 31-32. 12 Kant, *ibidem* p. 34.

naturaleza, el desarrollo de sus disposiciones y el mejoramiento de la sociedad civil.¹³

Según nuestro autor, los niños deben ser educados conforme a un estado futuro de perfección y según las bases de un plan que ha de hacerse desde una perspectiva cosmopolita. Este plan debe tener en cuenta que una de las causas del mal en el mundo reside en no someter nuestra intención y acción a la ley moral que hay en cada persona. Una buena educación se encargaría de preparar el ánimo del ser humano para atender tal ley.¹⁴

Nuestro filósofo observaba también que para mejorar la educación no hay que esperar que tomen la iniciativa los gobernantes. La responsabilidad recae en los particulares idóneos e ilustrados, que atendiendo el fin de la naturaleza y el desenvolvimiento de la humanidad, procuren el desarrollo de sus destrezas, cultura y moralidad.¹⁵

Según Kant, la educación institucional debe durar hasta aproximadamente los dieciséis años, es decir, hasta el momento en que se desarrolla el instinto sexual y el hombre puede conducirse a sí mismo y asumir la paternidad. En esta etapa la cultura y cierta disciplina menos directa ocupan el lugar de una educación regular.¹⁶ Lo importante es que el niño sea preparado para poder asumir en la etapa adulta la libertad y sea autosuficiente. Por ello se debe guiar para que haga buen uso de su capacidad de escoger desarrollando estrategias que aprovechen su facultad de imitar y de obrar por complacencia. La clave está en saber reconciliar la necesidad de imponerle disciplina y coacción, con la importancia de dejarlo libre y que aprenda a limitar su conducta atendiendo la libertad y necesidades de los demás. De hecho a la cultura moral no se inicia con una disciplina que impida vicios sino con el uso de máximas que formen el modo de pensar del estudiante y su disposición al bien.

Otro aspecto a considerar es que la formación moral ha de atender

¹³ Estos objetivos de la educación involucran tanto a hombres como a mujeres. Frankena nos dice que Kant «...parece tener la opinión de que la educación que corresponde a las mujeres es la del hogar (sin asistir propiamente a la escuela) y que debe consistir más bien en una serie de orientaciones para formar el buen gusto y los buenos sentimientos que en instrucciones propiamente dichas.» (W. FRANKENA, *op. cit.*, 1968, p. 240). Es cierto que así lo permite pensar algunos pasajes referentes a la educación. Pero también es cierto que aunque Kant señala diferencias en las necesidades particulares de cada sexo, el desarrollo moral es para él una tarea inherente a todo ser humano, ya que buscar crecer hacia un estatus en donde se despliegue la condición de dignidad humana a través de disposiciones morales compete a todos. ¹⁴ I. KANT, *op. cit.*, 1991, pp. 36-37. ¹⁵ *Ibidem* pp. 37-39. ¹⁶ *Ibidem* p. 42.

tanto a las exigencias de la sociedad civil como a las de la propia Naturaleza.¹⁷ Esta formación se da de forma preliminar inculcando deberes sociales y el manejo de principios de moralidad e incluso de religión apoyados en una moral pura o racional. Se trata de irles inculcando el sentido de cumplir con ciertas obligaciones como el deber de no mentir, de ser respetuoso, y de obedecer a padres y maestros.

También se requiere educar los sentidos, la memoria, la imaginación, y sobre todo las facultades superiores del espíritu –entendimiento, juicio y razón–. Esto último se da por medio de ejemplos sobre los cuales discernir, y reflexiones sobre las causas y sus efectos, de forma que comprendan lo que se estudia y no sólo repitan. Se trata además, de que el educando aprenda haciendo y llegue por sí mismo al conocimiento orientado por los instructores según el método socrático.¹⁸ La educación del sentimiento tampoco puede ser desconocida. Es importante no satisfacer todos los gustos de los niños, ni mimarlos. En sentido moral, se trata de habituarlo a obrar por máximas y no a partir de estímulos.

Cuando se empieza a entrar en la madurez la disciplina no es tan necesaria y se dan las condiciones para instruir en los auténticos deberes y fomentar un buen carácter.¹⁹ Es claro que la educación para Kant supone una forma de coacción; sin embargo, esta coacción sólo está justificada en la medida en que contribuye a formar sujetos capaces de decisiones autónomas. Del proceso educativo cabe esperar el fomento de la autonomía de cada ciudadano de tal manera que se haga responsable de sí mismo sin necesidad de coacción externa.

3.2. El reto de educar para la autonomía moral.

Llegados a este punto hay que enfrentar una pregunta esencial para la propuesta pedagógica elaborada por Kant: ¿Es posible formar de verdad sujetos morales y capaces de autonomía? Para el filósofo alemán la educación puede hacer favorable el desarrollo de las disposiciones morales del educando, pero en últimas depende de éste propiciar su fomento y desenvolvimiento bajo el desarrollo de la propia voluntad. De igual forma, sería contradictorio imponer a otro el que sea autónomo. La autonomía debe brotar como una resolución del sujeto dispuesto a desprenderse de la tutela de otro y a atreverse a hacer uso de su propia razón. Le corresponde a la educación preparar el terreno para que el educando tome conciencia de sus facultades y talentos y se oriente en su correcto uso, en

17 I. KANT, *Lecciones de Ética*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 297. 18 I. Kant, *op. cit.*, 1991, pp. 68-69. 19 I. Kant, *op. cit.*, 1998, p. 300.

primer lugar a través de la disciplina e instrucción recibida, y en segundo lugar, afianzando en sí mismo los preceptos de la ley moral.

De la educación se puede esperar una orientación para que el educando haga uso de su propia razón, tanto en lo moral como en cualquier esfera de actividad, incentivando en él la confianza en sí mismo, el dominio propio, la autosuficiencia, y el sentido de responsabilidad sobre sus actos. Sin embargo, no se puede imponer a la fuerza, desde afuera, la mayoría de edad en la dimensión propiamente moral.

La madurez en este último sentido se manifiesta en el hombre como independencia de la tutela del otro, tal como se aprecia en el ensayo de Kant *¿Qué es la ilustración?*, porque implica aprender a pensar por sí mismo. Pero además, desde una perspectiva moral, la cuestión es algo más compleja en tanto que el desarrollo moral no sólo requiere obtener independencia de la imposición o guía de otro a la hora de considerar lo bueno o lo justo en uso de la propia razón. No es posible una prueba empírica de madurez moral en ningún ser humano, ya que tal madurez representa un estado subjetivo. Las obras pueden aparentar ser desinteresadas, pero esto no garantiza una voluntad auténticamente moral.²⁰

El hombre se encuentra en una constante aproximación a la idea arquetípica de la moralidad, y si bien puede demostrar rectitud con relación a su obrar, de ello no se desprende la rectitud de su intención, que es lo que constituye propiamente un desarrollo en sentido moral. Así, un primer paso hacia la madurez moral se daría con lo que Kant denomina en términos bíblicos *la conversión del hombre viejo en nuevo*. Es decir, una regeneración del corazón, un cambio de disposición que permite la expresión del principio bueno en el hombre bajo los móviles puros de la intención.

3.3. La educación moral en relación con diferencias de sexo.

²⁰ Tal como señala Papacchini, «la libertad-autonomía en el campo moral adquiere los dos sentidos, distintos pero complementarios, de la independencia frente a toda imposición externa o frente al dominio de las pasiones (libertad negativa) y de la autodeterminación de la voluntad de acuerdo con la exigencia de universalidad (libertad positiva). (...) no hay que equivocarse en la interpretación de la primera fórmula del imperativo categórico: “actúa *como si* la máxima de tu acción tuviese que llegar a ser una ley universal de la naturaleza». Lo que nos ordena este imperativo no es la adecuación de nuestras máximas a un orden natural universal ya existente, sino la construcción de un orden y de una legalidad universal, partiendo del único medio de que disponemos: nuestra propia capacidad racional.” A. PAPACCHINI, *op. cit.*, 1993, pp. 149-151.

Otra pregunta crucial tiene que ver con la necesidad o no de pensar y organizar la educación moral según el género, la raza o la cultura a la que el sujeto pertenece.

Respecto a la variable de género, Kant recomienda –al igual que la mayoría de los teóricos de la Ilustración– concebir en términos distintos la educación moral que se le debe brindar al hombre de la que se le debe ofrecer a la mujer. Para abordar esta importante cuestión tomemos como referencia inicial algunas afirmaciones que hace el autor en uno de sus primeros trabajos, el tratado sobre *Lo Bello y Lo Sublime*. Aquí nuestro filósofo nos dice que si bien en cada sexo debe ser en principio posible formar un carácter bello y sublime a la vez, reconoce de todas formas que lo bello es el atributo peculiar del carácter femenino, a diferencia de lo sublime que caracteriza la personalidad y el talante del varón. Y tiende a creer que se trata de diferencias inscritas en el mismo orden de la naturaleza, más que en simples estipulaciones o convenciones derivadas del desarrollo de la cultura.²¹

Por esto mismo Kant recomienda que la educación moral de la mujer o del que denomina el gentil sexo, se concentre en el fomento de la disposición hacia juicios estéticos más que hacia apreciaciones estrictamente morales, en vista de su peculiar sensibilidad por las acciones y virtudes bellas. La educación estético-moral debe apuntar en este caso al refinamiento y perfeccionamiento de su sensibilidad e intuición, tratando de evitar en lo posible la apelación a abstractos y fríos principios racionales. En su caso se impone lo que se puede denominar una cálida formación del sentimiento moral.²²

Estas ideas de juventud acerca de la educación diferenciada por género encuentran mayor desarrollo en una obra de la madurez como la *Antropología en sentido pragmático*. Aquí el autor sostiene que:

...la virtud, o la falta de virtud, femenina es muy diferente de la masculina, no tanto por la índole, cuanto por el móvil. -La mujer debe ser paciente, el varón tiene que ser tolerante. Aquélla es sensible, éste sensitivo-...El sexo femenino tiene que educarse y disciplinarse a sí mismo en el orden práctico; el masculino no sabe hacerlo.²³

Incluso si aceptamos que los móviles y métodos sugeridos para lograr la emancipación de vicios y pasiones, y la adopción de normas morales,

21 I. KANT, *Lo Bello y lo Sublime*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, pp. 43-44. 22 *Ibidem* pp. 47-48. 23 I. KANT, *Antropología en sentido pragmático*, Madrid, Rev. Occidental, 1935, p. 207. También se puede ver I. KANT, *op. cit.*, 1998, p. 296.

sean distintos, la idea kantiana de un fin último basado en el desarrollo de las disposiciones morales, se mantiene igual para todo ser humano. Tanto el hombre como la mujer deben acceder a la autonomía moral y tienen los mismos imperativos morales que cumplir. Para ello puede hacerse énfasis tanto en la mediación de la mera representación de la ley, como en el sentimiento moral y la belleza que ella invoca. De hecho es imposible la representación de la ley moral sin involucrar de algún modo un sentimiento peculiar como lo es el sentimiento moral, que permite una receptividad del ánimo adecuada para ser incentivados por el deber y que nos traslada en efecto a la esfera de la apreciación estética.

3.4. La educación moral en relación con las diferencias de edad y cultura.

Para Kant resulta igualmente importante tomar en cuenta la edad del educando como una variable importante en la organización del proceso de formación. Al llegar a la pubertad por ejemplo, se requiere orientación sobre el tema de la sexualidad. En la educación moral éste es uno de los temas más difíciles de tratar. Consiste en hacer que los resortes de la inclinación sexual obren conforme a los fines perseguidos por la naturaleza.²⁴ Dentro de estos fines se encuentra el prioritario relacionado con la perpetuación de la especie. De ahí la importancia de una formación moral sobre el uso de la inclinación sexual hacia la procreación y la realización humana, y no hacia una desordenada e incontrolable gratificación de pasiones y deseos bajos.

El trabajo y la vida en sociedad –que requiere de la adaptación de sanas costumbres o por lo menos acatar cierta normatividad mínima–, constituyen para Kant medios para mitigar el desbordamiento de insanas inclinaciones. La autodisciplina y el refinamiento que trae el cultivo de los propios talentos a través del arte y las ciencias, y la disposición religiosa a la devoción por elevados ideales, contribuyen por igual a controlar posibles excesos de las inclinaciones hacia fines que contradicen la realización humana. Los sanos hábitos inculcados desde temprana edad inducen a vivir conforme a los fines de la naturaleza y a vivir vidas productivas y saludables para el espíritu. Todo esto redundo directa o indirectamente en el progreso moral de la humanidad.

Nuestro autor anota también que en esta etapa se le debe inculcar a la mujer el sentido de sus responsabilidades como futura esposa y madre, y se la debe capacitar para el cultivo de las destrezas requeridas para cumplir con los quehaceres del hogar.

24 I. KANT, *op. cit.*, 1998, pp. 62-63.

Por último, respecto a las diferencias de raza y cultura, es claro que si bien hay en Kant una reflexión caracterológica sobre las naciones y sociedades, ésta no implica la presencia de diferencias insuperables en cuanto a la posibilidad de diferentes individuos y pueblos de acceder a los niveles más elevados de desarrollo moral y de conducta autónoma. De allí la posibilidad de pensar en una educación en sentido cosmopolita, en medio del pluralismo y de la variedad de formas, tradiciones y estilos de vida.²⁵

Por cierto, las costumbres y tradiciones específicas de cada sociedad constituyen factores primordiales a la hora de sentar una normatividad y educación específica. Pero hay que resaltar que Kant piensa la pedagogía bajo el supuesto de la existencia de unos parámetros generales de desarrollo moral, gracias a los cuales todo ser humano puede transformarse en agente moral en sentido pleno. De acuerdo con este enfoque, todo hombre contaría en principio con la capacidad de reconocer mínimos morales independientemente de la sociedad a la que pertenece y cultura que se le ha inculcado.²⁶

Todo ser humano tiene indistintamente unos deberes morales mínimos y es tarea de la educación moral impartida por padres y maestros, presentarlos al niño o educando a la par que se fomentan sus disposiciones para una adecuada receptividad del ánimo hacia ellos. Estos deberes válidos para todo hombre y mujer que deberían ser promovidos, tienen que ver con la conservación de la salud, el respeto a sí mismo y a los demás, el deber de ser veraz, la búsqueda de la propia perfección, la promoción de la felicidad de nuestros semejantes, el sentimiento de

25 Aunque Kant aprecia cierta falta de gusto delicado en los hindúes, los negros de África, los nativos de América, e incluso en la Europa medieval: “la religión, las ciencias y las costumbres fueron desfiguradas por miserables monstruosidades”, no deduce de ello la imposibilidad, sobre todo en los llamados “pueblos salvajes”, de un desarrollo de disposiciones morales. I. KANT, *op. cit.*, 1935, pp. 162-165. 26 A partir de los estudios de Kohlberg se aprecia que «las etapas más avanzadas del desarrollo moral corresponden al tercer nivel, donde la moralidad se diferencia de forma explícita de la convención. Por ello la bondad o maldad de las acciones se define de forma independiente de los sentimientos subjetivos, de las normas de cualquier grupo de referencia, o de las leyes de un orden social cualquiera. Por el contrario, lo correcto procede ahora de una construcción personal del sujeto, que define la moral en términos universales de justicia, derechos naturales, y respeto hacia todas las personas, sea cual sea su sexo, raza, creencias, o religión. Se trata en definitiva del establecimiento de principios inmunes a cualquier tipo de revisión intersubjetiva, ya que se encuentran por encima de cualquier sentimiento personal o normativa de grupo». CARRANZA-ESCUADERO, *Teorías psicológicas del desarrollo moral: estatus teórico y alcance práctico*, en *Psicología moral y crecimiento personal*, 1999, p. 50.

gratitud por los bienes recibidos y la solidaridad, entre otros. Estos deberes se pueden apreciar mejor en el siguiente esquema basado principalmente en la *Metafísica de las Costumbres*:

A. Obligaciones del hombre hacia sí mismo: 1. Obligaciones perfectas o ineludibles para con uno mismo: a) El cuidado de la conservación; es decir: no perder la razón, no mutilarse, degenerarse o suicidarse. b) Ser veraz; no mentir nunca. c) No ser tacaño para consigo mismo. d) Saber respetarse a sí mismo; no ser servil. 2. Obligaciones imperfectas, o de opción meritoria, para con uno mismo. a) Buscar la propia perfección. 1) La perfección natural. 2) La perfección moral. B. Obligaciones para con los demás: 1. Obligaciones perfectas o ineludibles para con los demás: a) Ser fiel a las promesas hechas. b) Ser veraz; no mentir nunca. c) Procurar establecer un sistema de leyes positivas (un sistema legal) y atenerse a él. d) Respetar a los demás, aun a aquellos que quebranten la moral (sin que de ahí se siga que debemos honrarlos o rendirles pleitesía). 2. Obligaciones imperfectas, o de opción meritoria, para con los demás: a) Promover su felicidad, tenerles benevolencia, amarlos (no de un modo sentimental, sino práctico). b) Ser agradecidos. c) Ser comprensivos. d) Ser amistosos y sociables.²⁷

A partir de deberes básicos para toda convivencia y el propio bienestar, es posible reevaluar muchas prácticas de personas y sociedades, pero ellos no se establecen con el objeto de desplazar el *ethos* cultural de ninguna comunidad. Según la opinión de Kant, los deberes morales son válidos para todo el género humano, es decir, cobijan ideas morales arquetípicas exigibles a todo hombre, sin hacer distinción alguna de raza o cultura, pues son establecidos por la razón práctica. No sólo son deseables en tanto que promueven el propio bienestar y la sana convivencia comunitaria, sino que son mandatos incondicionales de la facultad racional humana.

A partir de estos deberes morales se contaría con unos contenidos básicos para promover una educación en sentido cosmopolita. Esto es así en tanto que se fomenta el desarrollo de disposiciones morales inherentes a todo ser humano, y en tanto que los deberes a cumplir representan bases de conducta que pueden ser exigidos en diversos contextos culturales si hemos de pensar en agentes morales orientados desde parámetros racionales. En efecto, el cumplimiento de deberes morales

²⁷ FRANKENA, *op. cit.*, 1968, pp. 173-174.

promovería la buena voluntad entre las personas y, en consecuencia, una saludable interrelación entre seres racionales sujetos a distintas inclinaciones, las cuales constantemente resultan un reto para actuar por deber o en su defecto, según el deber.

4. Estrategias de educación y formación moral.

Hemos visto que es posible propiciar el desarrollo moral del ser humano a través de la educación y que aunque ésta debe tomar en cuenta diferencias peculiares en cuanto a identidad sexual y cultural, resulta de forma indistinta algo esencial respecto a la formación moral: la apreciación del ser humano como fin en sí mismo -dignidad- y el hecho de que posee libertad, voluntad, conciencia, disposiciones morales, unos deberes básicos y la facultad del intelecto que debe sobreponer ante sus impulsos animales y pasiones.

También es claro que si bien en la persona internamente regenerada su conversión se da de una vez y para siempre al pasar de una disposición al mal a la adopción del principio bueno, es a través de la educación y la socialización que se va disponiendo el ánimo, incluso de los menos dispuestos para la moral, con el objeto de alcanzar una auténtica expresión de la moralidad. Ésta se da al adoptar las obligaciones morales por el deber mismo. Pero incluso, aun sin esta disposición, el buscar por lo menos asumir por algún interés egoísta los deberes hacia sí mismo y hacia los demás, representa un progreso en tanto que se va configurando un carácter que conlleva a su tiempo a una mejor disposición de la voluntad.

Ahora bien, si continuamos considerando aquello que es útil al desarrollo moral humano, es importante ampliar lo que piensa Kant sobre el método pedagógico para que el educando desarrolle su conciencia moral.

4.1. Recomendaciones metódicas generales de educación moral.

Al pasar a estudiar los métodos peculiares que sugiere Kant para formar sujetos capaces de autonomía moral y de actuar por deber, se comprende que la enseñanza de los deberes morales amerita todo un arte pedagógico y didáctico. Es necesario examinar cómo lograr un terreno propicio para el fomento de la moral en el educando y si la enseñanza de la religión ocupa un lugar en este proceso. Acudir a la metodología implica preguntarnos si la ley moral puede obrar como un móvil que disponga al ser humano a sentir y obrar en consonancia con ella. En

efecto, en la *Crítica de la Razón Práctica*, se entiende por metodología la forma en que la razón práctica puede pasar de lo objetivo a lo subjetivo en el ánimo del hombre.²⁸ Si los principios y máximas objetivamente válidos deben ser asumidos como pautas de conducta por cada sujeto en especial, es importante descubrir la manera en que estos pueden ser transmitidos de forma adecuada para que el educando se disponga a seguirlos con la mejor disposición.

Para que las máximas morales encuentren un lugar en el ánimo del educando Kant recomienda que el educador se sirva de ejemplos prácticos muy fáciles de encontrar en las biografías de diversos personajes de la historia. A su juicio, con estas referencias a acciones concretas se puede aprovechar la tendencia de la razón humana a escudriñar con avidez en torno a cuestiones prácticas y a discernir sobre la moralidad de dichos actos.²⁹

Además de ejercitar el juicio moral con la presentación de ejemplos, nuestro autor recomienda que el educando llegue a percibir por sí mismo que los actos presentados para ilustrar la educación moral no son llevados a cabo bajo el impulso del placer, sino por el contrario, que son realizados en cumplimiento del deber. Kant está convencido de que los niños están en capacidad de apreciar y valorar las acciones realizadas por estrictos móviles morales y sin la necesidad de resortes adicionales³⁰. Esta contemplación del deber le da un aire de magnificencia a la acción moral, lo que está muy relacionado con el carácter sublime que representa un ejercicio moral por deber. Por ello hay que preguntarse si lo sublime se sobrepone a la percepción de lo bello en dicha acción. Lo claro es que dichas acciones despiertan en el hombre y la mujer cierta aspiración hacia la moralidad, sobre todo cuando se revela un móvil puro. Ellas pueden influir sobre el ánimo de los educandos porque son sublimes y bellas a la vez. Y la percepción de un acto bello es lo que según Kant, influye en especial a la sensibilidad femenina.

El método pedagógico kantiano está orientado a desarrollar en primer lugar la capacidad de discernimiento y juicio del educando, tanto sobre sus propias acciones como sobre los actos de sus semejantes. En segundo lugar, a mostrar lo que constituye una disposición de ánimo moral según el obrar ejemplar de muchos hombres. Esto permite la potenciación de las disposiciones morales del joven educando.³¹ Por último, incentiva a hacer parte de su vida los preceptos morales y a asumirlos por sí mismos. En

28 I. KANT, *Crítica de la Razón Práctica*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, p. 209. 29 *Ibidem* p. 213. 30 *Ibidem* pp. 215-216. 31 *Ibidem* pp. 219-221.

todo este proceso la didáctica usada ocupa un lugar central para alcanzar los objetivos.

4.2. La didáctica ética.

Por medio de la didáctica ética el alumno es instruido en sus deberes morales. Con ella se le muestra la ley moral en toda su pureza, haciendo uso del diálogo, la presentación de ejemplos y en general haciendo uso de elementos que dispongan una buena receptividad del ánimo para cultivar la virtud. De todas formas es claro que el ejercicio de una vida virtuosa puede enseñarse o ilustrarse haciendo uso de herramientas pedagógicas adecuadas; pero en últimas, cada cual ha de hacerse virtuoso con su propio esfuerzo. De ahí que el desarrollo moral de cada ser humano descansa finalmente en la actitud que éste asuma una vez vislumbrados sus deberes. En este sentido Kant era algo optimista, ya que veía una humanidad digna de ser amada, esto es, apreciaba que el ser humano era capaz de respeto ante la contemplación del deber moral en su pureza, aunque muchas veces no estuviera dispuesto a actuar en consecuencia a partir de móviles desinteresados.

La educación puede promover y fomentar una buena disposición hacia lo moral; pero luego depende de cada individuo el perseverar y mostrar una verdadera fortaleza moral. Esto es posible lograrlo porque una vez dispuesta la voluntad del educando para lo moral y afectado su ánimo para amar y respetar lo que la ley moral le impone, es difícil que caiga en la indiferencia frente al sentido de lo correcto. Pero, con todo y esto, es claro que la libertad humana desborda cualquier posible predeterminación, de lo contrario, no podría hablarse de auténtica moralidad.

Para comprender el lugar que ocupa la didáctica y sus límites respecto a la formación moral, nos puede servir el esquema que maneja Kant en la *Metafísica de las Costumbres*, sobre la doctrina ética del método:

1. *Didáctica ética* (enseñanza de cómo comportarse para adecuarse al concepto de virtud):
 - A. Exposición acromática (se dirige a meros oyentes)
 - B. Exposición erotemática (el maestro pregunta a sus discípulos):
 - a) modo dialógico (el maestro pregunta a su razón)
 - uso de preguntas y respuestas entre maestro y discípulos.
 - b) modo catequético (el maestro pregunta a su memoria).
 - uso de un catecismo moral.
 - c) modo experimental (el maestro se apoya en el ejemplo)

- representación del deber a través del ejemplo del maestro y de otros.

2. *Ascética ética* (cultivo de la virtud):

A. requiere una disposición de ánimo valeroso y alegre.

a) dietética (conservarse moralmente sano soportando los males contingentes de la vida y absteniéndose de placeres superfluos)

b) gimnasia ética (lucha contra impulsos naturales en tanto que pongan en peligro la moralidad y libertad interior, búsqueda constante del bien moral)³²

En la didáctica juega un papel fundamental la erotemática, que involucra cierta interacción con los educandos. El papel del diálogo es retomado por Kant y no es extraña la analogía con el método socrático de preguntas y respuesta por parte del discípulo hasta llegar a un concepto satisfactorio sobre el tema que se analiza. Este método también se usa bajo la guía de un catecismo³³ en donde se interroga al estudiante sobre cuestiones precisas previamente enunciadas.

Nuestro filósofo hace además énfasis en que uno de los principales aspectos que el maestro debe tener en cuenta es el ejemplo que muestra a sus educandos a través de su propia conducta y la de diversos personajes de la historia. A esto lo denomina el modo experimental de enseñanza. Este aspecto de la didáctica al incluir el examen de los actos de otros hombres, desarrolla el juicio moral. Además, por medio de la imitación el niño empieza a determinar su voluntad hacia la adopción de actitudes moralmente correctas. Aquí es importante recalcar que la conducta ejemplar no tiene que apreciarse como un modelo sino como una muestra de que el cumplimiento del deber es posible.³⁴ Esto promueve las disposiciones morales del educando, convicción que revela nuestro autor en el siguiente pasaje de *La Religión*:

...si se aduce el ejemplo de hombres buenos - por lo que toca a la conformidad de los mismos con la ley - y se deja que aquellos a los que se pretende instruir en moral juzguen la impureza de algunas máximas por los efectivos motivos impulsores de sus acciones, la disposición al bien es por ello cultivada de modo incomparable y pasa poco a poco al modo de

32 I. KANT, *La Metafísica de las Costumbres*, Barcelona, Altaya, 1993, pp. 352-364.

33

Frankena señala que «Kant parece dar preferencia al método del interrogatorio sobre el método de la conferencia, y al diálogo sobre el catecismo». FRANKENA, *op. cit.*, 1968, p.

221. 34 I. Kant, *op. cit.*, 1993, pp. 355-356.

pensar; de modo que el deber meramente por sí mismo comienza a adquirir un peso notable en el corazón de aquellos...³⁵

El modo experimental de enseñanza se puede apoyar en el método dialógico para entresacar la belleza y sublimidad de las acciones amparadas en móviles puros. Éste se desarrolla siguiendo un método socrático que busca ahondar en el corazón del alumno para revelar la pureza o impureza de sus móviles o los de otros, ante situaciones determinadas.

En la didáctica también resulta de utilidad el uso de un catecismo moral, ya que promueve por medio de una dinámica centrada en el uso de la memoria, el interés y juicio del educando en cuestiones morales. En la elaboración de este catecismo hay que tener en cuenta factores como la edad, el sexo y la condición del estudiante. Esto parecería contrastar con la relevancia que toma en el pensar kantiano la apuesta por una formación para la autonomía y el espíritu crítico. En efecto, acudir a fórmulas catequéticas puede llevar a pensar en una educación demasiado tutorial. Sin embargo, es importante aclarar que la exposición de los principios morales en forma de catecismo es una estrategia transitoria que debe conllevar al ejercicio moral autónomo y de hecho promueve el pensar por sí mismo.

También cabe resaltar que lo importante en la educación moral es apreciar la dignidad de la virtud por ella misma y presentar al vicio como indeseable por la depravación misma que representa, es decir, no basar el interés o repulsión respectiva en la consideración de efectos benéficos o perjudiciales. En esto podemos encontrar oposición a una orientación meramente utilitarista en la instrucción ética que se imparte a niños y adolescentes en términos de premios o castigos. Si bien esto puede ser útil en un comienzo para los poco dispuestos a lo moral, la magnificencia de la virtud brilla por sí misma. Independientemente de las ventajas o desventajas que traiga el cultivo de la virtud y la emancipación del vicio, la idea de respetar el deber moral por él mismo constituye un verdadero progreso moral.³⁶

4.3. La ascética ética.

La ascética ética, por su parte, hace referencia al cultivo de la virtud. Mientras que la didáctica posee un carácter eminentemente teórico o

³⁵ I. KANT, *La Religión dentro de los límites de la mera Razón*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pp. 57-58. ³⁶ I. Kant, *op. cit.*, 1993, p. 360.

cognitivo, la ascética apela de manera más directa a un cambio de conducta y actitudes. Hasta aquí el maestro ha tratado de preparar el terreno para que el germen del bien florezca en sus alumnos. Pero la *gimnasia ética* ya depende propiamente del joven que se ve lanzado a la tarea de vivir y debe conquistar por sí mismo la libertad que proporciona el dominio propio. Así, el educando requiere en un primer momento cierta disciplina que es impuesta por sus educadores; pero después tiene que adquirir por sí mismo la capacidad de autodisciplina y emanciparse de sus tutores.

El educando ha de tener siempre ante sí los deberes que le impone la razón práctica, independientemente de la consideración de la debilidad humana o de su inclinación al mal. Si bien puede existir una tendencia original al mal en la naturaleza humana, ello no impide pensar en la ascética. La tesis acerca de la tendencia al mal constituye el supuesto mismo de la ascética, que es en últimas la liberación progresiva frente a las originarias pulsiones egoístas o agresivas. Dicha tesis no puede ser utilizada para justificar el mal, puesto que la voluntad humana posee la capacidad de conocer y seguir los dictados de la ley moral. Esto es claro cuando Kant afirma que:

...la tesis del mal innato no tiene absolutamente ningún uso en la dogmática moral; pues las prescripciones de ésta contienen los mismos deberes y permanecen en la misma fuerza si hay en nosotros una propensión innata a la trasgresión que si no la hay. En la ascética moral esta tesis quiere decir más, pero nada más que esto: en la formación moral de la congénita disposición moral al bien no podemos partir de una inocencia que nos sería natural, sino que tenemos que empezar por el supuesto de una malignidad del albedrío en la adopción de sus máximas en contra de la disposición moral original, y, puesto que la propensión a ello es inextirpable, empezar por actuar incesantemente contra ella.³⁷

El suponer una malignidad del albedrío sugiere una constante vigilancia de sí mismo, lo cual constituye una verdadera ascética. Pensar en una inclinación al mal no implica de ninguna manera desechar la posibilidad del ejercicio de la virtud, por el contrario, fundamenta la necesidad de buscar la libertad interna a través de una vida virtuosa.

Este ejercicio virtuoso, tal como se observa en el esquema de la doctrina ética del método, involucra tanto un desenvolvimiento negativo como uno positivo. El aspecto negativo consiste en tratar de mantener en

37 I. Kant, *op. cit.*, 1995, pp. 59-60.

lo posible la salud del alma evitando placeres sensuales que mantienen al hombre con ánimo poco dispuesto para lo moral, y sobrellevando con paciencia y ecuanimidad las adversidades que se presentan en la vida. En cuanto al aspecto positivo, podemos apreciar que se da a partir del control sobre las pasiones y más en general sobre aquellas inclinaciones que contradicen la ley moral. El sujeto asume aquí no un papel pasivo sino activo respecto a la regeneración de su ser.

Esta regeneración se constituye en virtud cuando se adopta la recta intención y un uso responsable de la libertad en pos de obtener un mayor perfeccionamiento de los talentos y disposiciones morales que constituyen el destino del hombre. El dominio propio, la confianza en sí mismo, y el valerse de sí mismo –independencia de tutores en lo moral–, constituyen así cualidades necesarias para desarrollar un carácter moral. Hay que destacar además que la ascética no implica un quehacer a manera de castigo auto-impuesto, sino una disposición alegre y valerosa, máxime si representa el fortalecimiento del principio bueno en el hombre y el desenvolvimiento de los gérmenes del bien que subyacen de alguna forma en todo ser humano.

Se puede apreciar que a través de la educación moral impartida en el hogar y en las instituciones educativas, se prepara el terreno propicio para un desarrollo moral más definido que le corresponde al hombre ya maduro labrarse por sí mismo por medio de arduo trabajo. Para hablar de una persona virtuosa es necesario que se den ciertas condiciones subjetivas como lo son el experimentar el poder de las propias inclinaciones y la comprensión de éstas, así como el estar en capacidad de sujetarlas sabiamente a la voluntad a través del uso de la razón. A juicio de Kant, esto no es posible ni en la niñez, donde no se experimenta propiamente una oposición entre razón e inclinaciones, ni en la primera etapa de la juventud, cuando la razón y la voluntad son demasiado débiles frente al poder de la inclinación. Durante este periodo se está más bien disciplinando a la naturaleza humana e instruyendo al niño y al joven para el arduo trabajo que le espera cuando le toque enfrentarse a la vida y a una serie de responsabilidades como padre de familia, ciudadano, y miembro de la especie humana. Todo lo cual le permitirá al individuo descubrir que es dentro de sí mismo donde se encuentra básicamente la fuente tanto del bien como del mal.

Es claro que el método de formación moral propuesto por Kant se caracteriza por presentar al educando, desde sus primeros años, un ideal de virtud que no se mezcla con nociones de felicidad o de recompensa y castigo alguno. Persigue una reverencia al bien en toda su pureza y al respeto de la ley moral inscrita en el corazón humano. La recta

intención de un acto o, por el contrario, los móviles egoístas de las acciones, son desvelados en el proceso educativo para que el estudiante aprenda a examinarse a sí mismo y desarrolle en consecuencia su conciencia moral. La autonomía moral, el discernimiento ético, y la toma de conciencia de diversos deberes que permiten pensar un cultivo de la virtud, se convierten en legados del ideal moral kantiano.

En el contexto de la Ilustración cobra cierto peso esta representación de una educación adecuada para potenciar la moralidad en el ser humano. En efecto, la confianza en la razón para guiar hacia un ideal de vida buena humano, y la independencia de una fundamentación religiosa de lo moral, expresan en todo momento la aspiración de un hombre dueño de sí mismo y su destino. Este rumbo adoptado desde la modernidad se mantiene en nuestros tiempos con aquellos proyectos pedagógicos que apuestan por una formación para ciudadanos del mundo autónomos, para hombres y mujeres capaces de pensar por sí mismos y dispuestos a promover una sana convivencia en medio de las diferencias.